

Chronique du 2 août 2008

par le Docteur Joaquin Ferrer Arellano

**LOS TRES CORAZONES UNIDOS DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ,
LA TRINIDAD DE LA TIERRA,
IMAGEN PERFECTA DE LA TRINIDAD DEL CIELO
Y CAMINO DE RETORNO SAVÍFICO AL CORAZÓN DEL PADRE.**

La devoción a los “tres Corazones” unidos de Jesús, María y José comenzó en Portugal y Brasil (1733) y floreció especialmente en México. A mediados del S. XVIII fue propagada en Francia, España e Italia por el Carmelita descalzo P. ELÍAS DE LOS TRES CORAZONES. Tras la aprobación de Gregorio XVI (el 28-IV-1843) esta devoción se extendió mucho en Europa y América, impulsada por F. L. FILAS, S.I, y por buen número de notables eclesiásticos.¹

A partir de 1873 la S. C. de Ritos prohibió su culto público en varias ocasiones sin pronunciarse sobre sus fundamentos teológicos. Como ocurrió con el culto a los Corazones de Jesús (¡que largo itinerario hasta la Encíclica “Haurietis Aquas”! de Pío XII), y más tarde, de María; o con el de la Divina Misericordia (Sta. Faustina), o el Amor misericordioso (Madre Esperanza Alhama, p.ej.)– que tantos obstáculos y malentendidos debieron superar, hasta reconocer su plena validez; y comenzó sólo a permitir, sin fomentar su culto. Como con los dogmas mariológicos, también en estas orientaciones devocionales estrechamente relacionadas con el progreso doctrinal y dogmático, el sentido de la fe del pueblo de Dios suele ir por delante.

Nada tiene de extraño, pues el Espíritu Santo va conduciendo a la Iglesia poco a poco hacia la verdad completa (Jn 16, 13), consignada en la Revelación de modo implícito. Actualmente hay asociaciones de fieles (en los Ángeles –U.S.A– p. ej., con el beneplácito episcopal), que difunden esta devoción. Los últimos Papas (Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y sobre todo Juan Pablo II), sin levantar expresamente las medidas restrictivas respecto a su culto público –según una praxis bastante habitual en el gobierno de la Iglesia–, se refieren en su magisterio ordinario, con creciente frecuencia e intensidad, al Corazón de José – indisolublemente unido a los de María y Jesús– en la obra de la Salvación.

El conocido mariólogo A. B. Calkins² ha estudiado el *status quaestionis* sobre este tema del culto Corazón de San José en las enseñanzas de los últimos pontífices, especialmente significativas en Juan XXIII y en las –más numerosas– de Juan Pablo II, incluso en documentos de especial relevancia como *Familiaris Consortio* (1981) y la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* (nn. 8, 19), verdadera “Charta Magna” de la Josefología. El A. piensa que asistimos a la emergencia del Magisterio sobre el Corazón de San José, siempre en indisoluble unión con los Corazones de Jesús y de María, en la historia de la salvación (favoreciendo así implícitamente la extendida tesis de su glorificación corporal; defendida, como es sabido, entre tantos AA. de prestigio, por Francisco SUAREZ y San FRANCISCO DE SALES). Todo parece indicar que la Providencia quiere sacar del anonimato a San José “terror de los demonios” (cfr. Letanías de S. José), en esta hora tan grave de la historia de la Salvación, como Patrono –Padre y Señor– de la Iglesia, siempre indisolublemente unido a su Hijo virginal y a su Esposa María, Madre de la Iglesia, que –así está decretado (Gen 3, 15; Ap 12)– aplastará la cabeza del dragón.

¹ Cfr. T. STRAMARE, “Storia della devozione al cuore di San Giuseppe”, *Rabor*, 51; 2 (1997). Publicado en español en *Estudios Josefinos* 50, n° 100 (Julio-Diciembre 1996) 179–194. El Padre Stramare, gran josefinólogo –al que agradezco tantas sugerencias de su gran magisterio teológico sobre el Santo Patriarca– ha sido uno de los principales colaboradores de Juan Pablo II en la preparación de la exhortación apostólica *Redemptoris*.

² Mons. Arthur B. CALKINS, *The cultus of the Heart of St. Joseph. An Inquiry into the Status Quaestionis*. “Akten des IX Internationalen des hl. Joseph” 28–IX bis 2–X–2005, Kevelaer, Deutschland, Band II, 937–951.

No es “el capítulo” de San José como erradamente piensan no pocos teólogos, un apéndice devocional de la Mariología, de gran arraigo en la piedad del pueblo, pero sin relevancia decisiva –inesencial, diríamos–, en la historia de la salvación; aunque no sin algún relieve, que todos admiten, por su ayuda valiosa en el nacimiento e infancia del Verbo encarnado en el Seno de María Virgen para su inserción ordenada en la sociedad de los hombres; o por su gran valor de ejemplaridad o de poderosa intercesión a favor nuestro.

Es, por el contrario, como evoca el título del estudio sobre el misterio de San José que he publicado recientemente³ –“nuestro Padre y Señor”, según la sugerente expresión teresiana, de certera intuición teológica–, nada menos que cabeza de la familia de Nazaret, piedra angular de ambos Testamentos y vértice de la historia de la salvación; la sombra o “icono” transparente de Dios Padre, que quiso hacer partícipe a José –hijo de David– de su Paternidad, constituyéndole Padre virginal y mesiánico de su Unigénito encarnado, sometido a su autoridad en el hogar de Nazaret, para educarle; preparándole, con María su esposa, para su misión redentora, que culmina en el holocausto del Calvario; y –como consecuencia– Padre y Señor de la Familia de Dios que es la Iglesia nacida del corazón abierto de Cristo en la Cruz y de la espada de dolor del Corazón de la Inmaculada, de la Dolorosa, la Corredentora; tanto en su fase peregrina como en su consumación escatológica en la Jerusalén celestial, cuya semilla fue la Casa de José, el hogar familiar de Nazaret, “que contenía los principios de la Iglesia naciente”.⁴

I. La inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret, centro y fundamento del plan salvífico de Dios en ambos Testamentos y principio estructurante de la Teología de San José.

El punto de partida de la ciencia teológica no puede ser nunca un principio racional, sino la Revelación divina que conocemos a través de la Biblia leída en la Iglesia. Pero una vez conocida y aceptada en la fe, es lícito y aún conveniente buscar un principio unificador –orgánico estructurante– de todo cuanto sabemos del Santo Patriarca, en el contexto del designio salvífico de Dios.⁵

A mi juicio, el principio de indisociabilidad de los Tres en la predestinación y realización histórica del misterio de la salvación que culmina en la Pascua del Señor, es el que debe estructurar la Teología de San José.⁶ En el designio salvífico de Dios estaba presente “ab

³ J. FERRER ARELLANO, *San José, Nuestro Padre y Señor. La trinidad de la tierra. Teología y espiritualidad josefina*. Ed. Arca de la Alianza. Madrid 2007. Un amplio resumen fue publicado en las Actas del IX Simposio internacional sobre San José celebrado en Kevelaer (IX-2006) Vol. I, 75-122; y en el anexo de mi libro “*La Mediación materna del la Inmaculada, esperanza ecuménica de la Iglesia*.” (Hacia el Quinto dogma mariano. Razones teológicas). Madrid, Arca de la Alianza, 2006, 214-269; con el título *La singular participación de San José en la obra de nuestra Redención*. <http://www.joaquinferer.es>.

⁴ Cfr. León XIII, Encíclica *Quamquam pluries*, 15-VIII-1889 (Denz 3262). «En aquella casa él era el cabeza de familia delante de Dios y de los hombres, el varón justo delante de la ley, el artesano de Nazareth. Pero de puertas adentro se vivía en otro ámbito: el de la unión hipostática del Hombre-Dios. Jesús no era puro Hombre, María era más que simple madre del Niño, José no era un padre como los demás. Aquella Familia era el “Sacramentum absconditum a saeculis in Deo” (Ef. 3,9), el “Mysterium quod absconditum fuit a saeculis et generationibus” (Col. 1, 26); y el depositario de este Mysterium y de los demás misterios que el mundo y los mismos Rabinos y Doctores de la ley desconocían, era José. Y como depositario de los más altos y divinos misterios, el mismo llevaba una existencia abscondita, oculta, misteriosa como todo lo que rodea la mansión santa de Nazareth. Nada se sabe de su nacimiento y de su muerte. Si San Juan Bautista, precursor del Mesías, tiene la historia del que era la “Voz que clama en el desierto”, San José tiene la voz del silencio; silencio que parece era necesario para la venida del Salvador. La Iglesia lo dice en la Liturgia navideña: “Cum quietum silentium contineret omnia et nox in suo cursu medium iter haberet, omnípotens sermo tuus de caelo a regalibus sedibus... in mediam... terram prosilivit” (Sap. 18, 14-15)». F. SOLA, cit por F. CANALS VIDAL, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios.*, 274

⁵ Cfr. las atinadas observaciones –que cabe aplicar a la Teología de S. José– que hace sobre el sentido y utilidad de buscar un primer principio en la Mariología, con un buen resumen del estado de la cuestión, planteada en los primeros años del S. XX. M. PONCE CUELLAR, *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Badajoz 1995, 25-28. Cfr. También, sobre este tema, la clásica y verdaderamente meritoria obra de B. LLAMERA, *Teología de San José*, Madrid, BAC, 1953, 37.

⁶ Laurentino María HERRÁN en el estudio citado sobre la devoción a *San José en la vida y enseñanzas del Santo Fundador de Opus Dei* (Madrid, Palabra 1981), advierte que el principio primero de su teología sobre el Santo Patriarca es el

aeterno” la Familia de Nazaret como piedra angular de la obra de salvación de la humanidad caída. Siendo la dimensión familiar constitutiva del hombre –en tanto que imagen de Dios Trino, la “Familia trinitaria”– del Nosotros trinitario –quiso muy congruentemente que fuese restaurada mediante la Familia depositaria del misterio de salvación, semilla de la Iglesia, la Familia de los hijos de Dios (Familia de familias, la denominó en alguna ocasión Juan Pablo II– que deriva del hogar familiar de Nazaret, la casa de José).

Creo que este principio –la indisociabilidad de los Tres en todo el proceso histórico y salvífico– evita el peligro de reduccionismo de la significación soterológica central y permanente de San José de las dos propuestas clásicas.

Según la primera (1), el principio fundamental de la Josefología es el matrimonio con María raíz de todas sus prerrogativas (como el de la Mariología es la maternidad divina de la Inmaculada). De ella derivaría, sin más matices, su paternidad virginal respecto a Jesús por razón del matrimonio con María. Otros autores (2) –como F. Canals– proponen como primer principio la paternidad de José, porque su matrimonio con María –sin duda esencial para fundarla– no explica todos los datos bíblicos sobre su aportación directa e inmediata a la Encarnación. Su pertenencia al orden hipostático sería sólo extrínseca y mediata, a través del matrimonio con María.⁷

1. La primera posición –la más común y tradicional– sostiene que el carácter verdadero y real, aunque singular y único, y no unívoco con la paternidad ordinaria y común de los hombres, de la paternidad de José sobre Jesús, se funda en su matrimonio con María, la Madre de Jesús y el derecho del esposo sobre la esposa, en razón del cual el que nace virginalmente de María se origina de algo que pertenece íntimamente a José. El cuerpo de María fue de José por derecho matrimonial; derecho en que se hace mutua traslación del cuerpo del varón a la esposa y viceversa; fue José padre por generación, no suya, sino de su esposa; «nació de Jesús en la heredad de José».

En esta perspectiva, la pertenencia de San José al orden hipostático sería indirecta respecto a la Encarnación del Verbo, sin tener en cuenta la relación indisociable de la virginidad de María con la de José, hijo de David, su esposo, llamado a ser padre legal del Mesías rey, anunciado por los profetas, de la simiente de Abraham.

2. La consideración de la dignidad de José como el esposo de María, a quien pertenece el fruto del vientre de su esposa –observa acertadamente F. Canals– no debe cerrar el paso a la advertencia de que la virginidad inseparable de ambos esposos –no sólo la de María, sino también la de su esposo, hijo de David– se ordenaba a la fecundidad según el Espíritu, en virtud de la obediencia de la fe al plan salvífico de Dios. Además una consideración más completa y bíblicamente fundada permite descubrir la “paternidad mesiánica” de José. Él es, en efecto, el último patriarca de la estirpe de David (“flor de los patriarcas” le llaman los Padres), que al recibir a María –“la hija de Sión”– y al fruto de su vientre, Jesús, en su casa e imponerle el nombre quedó constituido, legalmente por decreto divino en el Mesías Hijo de

principio de inseparabilidad de “los Tres” de la Familia de Nazaret –la trinidad de la tierra–; como imagen perfecta de la Trinidad del Cielo y camino de retorno –añado yo– de la humanidad caída hacia Ella. No los separaba nunca, ni en el transcurso del proceso histórico de la obra redentora de Cristo hasta la Pascua –recuerdo que en un mes de mayo al final de su vida, en la que su gran amor al Santo Patriarca “creció impetuosamente” –como testimonió su sucesor D. Alvaro del Portillo– en un viaje de catequesis por América, meditando los misterios dolorosos, nos confió que contemplaba a San José presente en ellos como co–protagonista– ni en su aplicación postpascual en la vida de la Iglesia peregrina, que vive de la Eucaristía. En el memorial perpetuo de la Pasión y Muerte del Señor para aplicar sus frutos, advirtió la presencia inefable de San José, glorificado en cuerpo y alma, junto a su Esposa, en íntima unión con Jesús Hostia; no sólo en el sacrificio de la Misa, sino también en el Sagrario. Consideraba una gracia especial recibida de Dios esta contemplación de “los Tres”, siempre indisociables, de la Familia de Nazaret, que continúa en el Cielo y –de modo inefable, pero real y verdadero– en la Eucaristía. “A esa familia pertenecemos” –le oíamos decir con frecuencia– pues la Iglesia –la Familia de los hijos de Dios en Cristo por obra del Espíritu– estaba en germen presente en aquel hogar. Cfr. J. FERRER ARELLANO, San José, nuestro Padre y Señor, cit. La reflexión teológica sobre el misterio de San José que ahí desarrolla, tiene su principal inspiración en el imborrable recuerdo de las enseñanzas de San Josemaría, que aparecen profusamente citadas en el libro.

⁷ Véase, por ejemplo, R. GARRIGOU LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, Madrid 1996, 385, que atribuye a Suarez la afirmación de Sanbalde, según la cual la revelación de San José con el orden hipostático es extrínseca, moral y mediata, a través de María

David, por serlo de José, al último eslabón de sus descendientes por el que se cumpliría la promesa mesiánica de Natán (cfr. RC 12).⁸

a/ Esta segunda línea de argumentación, menos estrecha y restrictiva respecto al alcance de la paternidad de San José, subraya, en primer lugar, *la importancia decisiva del proyecto de virginidad comportado por ambos esposos*, en virtud del nexo sutil, pero real, de causalidad que se establece entre José y María, su esposa, en la generación y el nacimiento de Jesús.

La idea expresada por San Ildefonso –cuyo centenario se celebra este año– “María fue virgen por voluntad de Dios y por voluntad del hombre”, implícitamente refiere la virginidad de José –unida, en el plan salvífico de la divina predestinación, a la de su Esposa– a la realidad de su paternidad sobre Jesús por su libre decisión en la obediencia de la fe en el anuncio por el Ángel de su vocación de Cabeza de la familia de Nazaret y depositario del misterio escondido desde los siglos en Dios, de vivir un amor sponsal a María, en la virginidad, movidos ambos por el Espíritu. En esta perspectiva se descubre la concepción y nacimiento de Jesús, como fruto de la paternidad –según el Espíritu y por constitución divina– de José, indisociable de la virginal maternidad divina de María –según la carne y según el Espíritu– por obra del Espíritu Santo.

b/ Desde este punto de vista pueden comprenderse, en unidad sintética y no antinómica – como dice acertadamente F. Canals–, la fecundidad milagrosa obrada por Dios, y la virginidad de ambos esposos destinada a manifestar a modo de signo el poder divino en el misterio de la misión del Hijo de Dios hecho carne, *no en abstracto* (la maternidad de la nueva Eva, madre de los vivientes del Protoevangelio, asociada al nuevo Adán en su triunfo sobre la antigua serpiente que engañó a Eva y por la que vino la muerte) –en la perspectiva de la “*generación virginal*”, profetizada en la Mujer del Protoevangelio, a la luz del Apocalipsis, la Mujer que da a luz el Hijo varón (Ap. 12), asociada a su descendencia en el triunfo sobre el dragón–, *sino en su contexto histórico, teniendo en cuenta la generación patriarcal del Mesías Rey anunciado por los profetas: es Hijo de David por serlo de José, nacido del linaje de David descendiente de Abraham según la carne; realmente inserto en el linaje de los hombres en el vértice de la historia de la salvación, el Mesías Rey prometido del linaje de David*. En virtud de la obediencia de la fe de José –a recibir a su esposa en su Casa– a imponerle el nombre: “Jesús”, por querer divino –en la circuncisión–, *fue constituido* por Dios su padre mesiánico al ser insertado Jesús en la genealogía davídica, en cumplimiento de la profecía de Natán (María, su esposa, que probablemente, según una tradición bien fundada, descendía también de David, pertenecía a una familia sacerdotal, de la estirpe de Aarón). José es el Patriarca a través del cual se cumplen las profecías que anunciaban al Rey Mesías –por eso su *paternidad es virginal* y “*mesiánica*”– en la descendencia del linaje de David según la carne, de la simiente de Abraham. Sólo a Jesús y a José se les llama en la Escritura “hijo de David”, muy significativamente.⁹

En esta paternidad humana singular y excelsa –virginal y mesiánica– encontramos en su plenitud la paternidad según el Espíritu, prefigurada y anunciada, imperfectamente todavía, en la paternidad de Abraham ya anciano, sobre Isaac, hijo de la promesa, nacido de Sara, la estéril. José, como Abraham, y como María, creyó a Dios; y se realizó lo que se le dijo de parte del Señor.

Así –por la obediencia de la fe– se convertiría San José en depositario del misterio «escondido desde los siglos en Dios» (cfr Ef 3,9) “junto con María, y en relación con Ella, participa en esa fase culminante de la auto revelación salvífica de Dios, y participa desde el

⁸ Para todo este tema, cfr. F. CANALS, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*, Barcelona, 2 ed. 1994, 125. La antigua festividad litúrgica era principalmente la fiesta del Esposo de María. La actual liturgia contempla en José a quién se confiaron los primeros misterios de la salvación de los hombres, y en quien se realizaron las promesas hechas a David y a Abraham; el que, poniendo de manifiesto su fe por sus obras, dio paso con su obediencia silenciosa a la encarnación de la Palabra de Dios.

⁹ Cfr. A. DIAZ MACHO, *San José, padre de Cristo*, 61,62, del libro *La historicidad de los Evangelio de la Infancia. El entorno de Jesús*. Ed. Fe Católica, Madrid 1977.

primer instante. José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios” (RC, 5) con su obediencia de la fe, que sigue al “fiat” de María –manifestada no con palabras como Ella, sino por hechos que muestran una disponibilidad de voluntad semejante a la fe de su virginal Esposa–. cfr.(RC, 4).

3. Esta *segunda posición es, sin duda, la acertada. Pero creo que debe entenderse en la perspectiva de la inseparabilidad de los Tres, en el ser y en el obrar salvífico, en jerárquica subordinación*. María recibe de Jesús su privilegio de plenitud de santidad inmaculada –por perfecta redención preservativa–, que la capacitaba para ser Madre de Dios –primero en su corazón y en su mente, y después en su seno –(en la carne formada por el Espíritu Santo en sus virginales entrañas)– y Corredentora en la obra de la salvación, que es fundamento de su maternidad espiritual (y no al revés, como a veces se dice). A su vez José, recibe –a través de la plenitud de gracia maternal de su Esposa, la Inmaculada– la plenitud de gracia que podemos llamar muy adecuadamente, paternal; que le capacitaba para su paternidad virginal mesiánica, no según la carne, sino según el Espíritu, en virtud de su incondicional respuesta silenciosa de fe, por la cual es copártcipe con María de la constitución del *Ser* teándrico del Redentor y –en él fundado– de su *Obra* Redentora; tanto objetiva, desde Nazaret hasta el Calvario, como subjetiva, en su dispensación histórico salvífica hasta la Parusía. Por eso José es el Padre y Señor de la Familia de Dios que es la Iglesia, prolongación de la Familia de Nazaret, vértice del plan divino de salvación del mundo.

Estas consideraciones nos invitan a estudiar la singularidad de San José bajo el principio fundamental que –así lo pienso– estructura mejor la reflexión teológica josefina, que no es otra que *la circularidad “virtuosa”¹⁰ de los Tres, jerárquicamente coimplicados en una unidad indisociable según un orden de dignidad*.

Este orden entre los Tres, formando una unidad indisoluble,¹¹ evoca analógicamente el orden (taxi) de las procesiones divinas que constituyen la Familia divina Trinitaria (Dios es uno y único, pero no un solitario, sino una Familia, como dice la “Fides Damasi”, pues hay Paternidad, hay Filiación y la esencia de la familia, que es el Amor). En Ella los Tres son *uni* por consustancialidad –coeternos y coiguales– *sin que haya “nihil maius vel minus, nihil prius vel posterius”* (“Símbolo quicumque”). Este es el fundamento teológico de la legitimidad teológica –y conveniencia– del culto a los Tres Corazones unidos de la –así llamada por la tradición teológica– *“trinidad de la tierra” imagen de la Trinidad del Cielo¹²* y camino de retorno salvífico a Ella de la humanidad caída.

En la “trinidad de la tierra” se da, sin embargo, en el seno de la unidad, una jerárquica subordinación. Ahí está la desemejanza radical propia de *la analogía* (semejanza y desemejanza a la vez, de modo tal que esta última es superior a la semejanza) con la Trinidad del Cielo: en un orden jerárquico –según la inversión kenótica trinitaria respecto al orden de las procesiones divinas en la Trinidad del Cielo, de que habla Von Balthasar (Cfr. *Theologica* III, passim.)– *de mayor a menor en dignidad*, fundado en la participación (en una *analogía de*

¹⁰ Este concepto aparece referido por Juan Pablo II a las relaciones entre la fe y la razón en la Encíclica del mismo nombre.

¹¹ Creo que estas reflexiones explicitan en perspectiva teológica discursiva la vivencia sapiencial de fe ilustrada por la luz infusa del Espíritu Santo de San Josemaría Escrivá, sobre la que tanto he reflexionado a lo largo de veinticinco años –los últimos de su vida– de constante trato paternofamiliar.

¹² La analogía de origen patrístico entre la Trinidad y la Familia de Nazaret desarrollada por Pierre d’Ailly y Gerson (véanse textos en F. CANALS VIDAL, en la acertada antología sobre San José editada este año (2007) por la BAC), fue popularizada por la teología polaca del S. XVII, en especial por B. Rosa (1676), que floreció en torno al célebre retablo milagroso del Santuario dedicado a San José en Kalisz, al que Juan XXIII ofreció su anillo papal para el dedo de San José, con ocasión de la apertura del Concilio Vaticano II. Juan Pablo II, coronó con triple corona como significando la realeza de los Tres.

Los orígenes de este *analogía –metafórica*, como es obvio– se remontan a San Agustín, que ya en el S. V hablaba de las “tríadas” celeste y terrestre. Cfr. C. M. DOUBLIER-VILLETTE, *Analyse d’un corpus iconographique médiéval sur Saint Joseph*, Actas del IX Simposio internacional sobre San José, Kevelaer, 26-IX-2005. vol. II, 814. Con motivo del 346º aniversario de la aparición de San José en Cotignac este A. ha publicado *La saga de Saint Ioseph*, Ed. FRDJ, 2006 (www.josephologie.info), que muestra una visión panorámica de dos milenios de obras de arte y de teología sobre el Santo Patriarca, de muy útil consulta.

atribución intrínseca).¹³ De la mediación capital de Cristo participan por derivación causal, las mediaciones materna y paterna de María y José; de modo tal que esta última deriva, a su vez, de la maternidad espiritual de la Inmaculada. San José es hijo espiritual de su Esposa María, como Ella lo es también de Jesús (en expresión de Dante, Hija de su Hijo).

II. *Propuesta de una teología de San José*

En el reciente libro, antes citado (nota 3), he expuesto la teología de San José siguiendo el esquema paulino de la gran doxología del comienzo de la carta a los Efesios sobre el misterio del designio benevolente de Dios presente *ab aeterno* en el decreto de predestinación de los elegidos en Cristo, antes de la creación del mundo, en su progresiva realización histórica hasta la recapitulación escatológica de todo bajo Él como Cabeza en la Parusía del Señor al final de la historia. Analizamos en este proceso sucesivamente los cuatro momentos que distingue la carta a los Romanos (Rm 8, 29–30), cada uno de los cuales es fundamento del siguiente – siempre en la perspectiva de la inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret, la “trinidad de la tierra”– que comienzan en la predestinación y culminan en la glorificación.

1. **“A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, primogénito entre muchos hermanos”**. El designio salvífico oculto en el seno del Padre *predestinó* “ab aeterno”, en un único decreto, a la “Familia de Nazaret” –la casa de José hijo de David–, en la que el Verbo encarnado en el seno de María Virgen, su esposa, iba a ser enviado por el Padre para ser acogido en la historia y preparado para realizar su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida por el pecado de los orígenes, a imagen de Aquél que había de venir, el nuevo Adán, primogénito entre muchos hermanos –comenzando por su constitutiva dimensión familiar, reflejo e imagen creada de Dios, que es “uno y único, pero no un solitario”, sino Familia Trinitaria (“Fides Damasi” cit.). Con frecuencia –se lamenta con sobrada razón el P. Enrique Llamas, presidente de nuestra Sociedad Mariológica española– se presenta por los mariólogos el misterio de la Encarnación en el Seno de María como si fuera una mujer soltera protegida por José.

La predestinación del resto de los elegidos, que forman la familia de los hijos de Dios, la Iglesia nacida de los Tres Corazones unidos de Jesús, María y José, depende –como causa ejemplar, eficiente y final–, de la de los tres primeros predestinados no aisladamente considerados, sino como una familia, icono de la Iglesia, en la que hemos sido todos y cada uno llamados no aisladamente considerados, sino “constituyendo un Pueblo” (LG 9), continuación de la Familia de Nazaret.¹⁴

2. **“A aquellos que predestinó, los llamó”** conforme a su designio, *haciéndoles donación de la gracia, proporcionada* –según el conocido principio de Sto. Tomás (S. Th., III, 27, 5, 1) *a la misión propia de la personal vocación* a la que estaban destinados desde toda la eternidad. La vocación de José a ser padre virginal y mesiánico de Jesús supera la de los Apóstoles, por su relación directa con el misterio de la Encarnación redentora. Por eso recibió una *plenitud de gracia* superior a la de cualquier santo, incluido San Juan Bautista, que puede ser calificada muy adecuadamente de *paternal*. Aquí tratamos de la constitución del *orden hipostático* –el ser

¹³ La analogía entre la Trinidad del Cielo y la de la tierra no es de “atribución intrínseca” –como la que se da entre los Tres de la trinidad de la tierra–, que funda una proporcionalidad propia entre los analogados, sino “extrínseca metafórica”, llamada también de proporcionalidad impropia, fundada en el dinamismo operativo. Por ej.: el comportamiento del león, como rey de la selva es proporcionalmente semejante al Mesías Rey, el “León de Judá” (Gn 49, 9), que todo lo somete a su señorío, como Rey de reyes y Señor de señores, y pone a todos sus enemigos debajo de sus pies (cfr. 1 Cor 15, 27; Dn 7, 17 ss). La Sagrada Escritura contiene multitud de metáforas y símbolos de este tipo, de gran fuerza significativa. Este “logos simbólico” –que nada tiene que ver con el mito de las religiones paganas– es complementario del “logos racional”. Cfr. mi *Filosofía de la religión*, Madrid, Palabra 2001.

¹⁴ Según un orden de jerárquica subordinación, pues la Pasión de Cristo es la causa ejemplar y eficiente de nuestra redención liberativa, de la que quiso hacer partícipe a su Madre, la Inmaculada, en virtud de su perfecta Redención preservativa: y –por la mediación materna de la llena de gracia– a su Padre Virginal, también Corredentor subordinadamente a María la nueva Eva; en tanto que es también, como decíamos, hijo de su Esposa en el orden de la gracia.

teándrico del Redentor– con la cooperación inmediata de María, llamada a la divina maternidad, y de José, llamado a ser su padre virginal y mesiánico en el plan salvífico de Dios.

«Hay ciertos ministerios –escribe F. Suarez– que pertenecen precisamente al orden de la gracia santificante, y en este orden veo que los apóstoles llegaron a la cumbre más alta de la dignidad, y que en ella necesitaron dones de gracia (sobre todo de sabiduría y de gracia –*gratis data*–) superiores a los dones de los demás.

Pero hay otros ministerios rayanos con límites del orden de la unión hipostática (orden que de suyo es más perfecto, como en su lugar lo hemos dicho, tratando de la dignidad de la Madre de Dios), y en este orden está constituido, a mi ver, el ministerio de San José, bien que en él ocupa el puesto más bajo; y por esta parte aventaja a toda otra dignidad por hallarse en un orden superior».¹⁵

De aquel orden hipostático deriva el orden de la gracia santificante de las virtudes y dones, que participa de la plenitud de *gracia capital* de la Humanidad santísima del Señor – que brota de modo connatural de la *gracia de unión*–, indisociable de la *gracia maternal* de María y la *gracia paternal* de José, que participan de aquélla de modo singular y único, capacitándoles para su misión corredentora de cooperación activa e inmediata en la constitución teándrica y en la consiguiente obra redentora de Cristo que culmina en la Cruz gloriosa, cuya irradiación salvífica edifica la Iglesia peregrina hasta la Parusía.

3. “**A los que llamó los justificó**”.¹⁶ Aquí tratamos de la participación de José en la Redención objetiva –también llamada adquisitiva– hasta el Sacrificio del Calvario. La plenitud relativa y progrediente de su *gracia inicial* –que aquí calificamos de *paternal*, como la plenitud de santidad inmaculada desde la concepción de María se denomina acertadamente *gracia maternal*–, *hacía posible el cumplimiento de la excelsa misión a la que fue llamado*

Como dice de María la “Redemptoris Mater” (n.12), también José “ha llegado a estar presente en el misterio de Cristo porque ha creído”. De ahí la importancia fundamental de la fe como respuesta al don de Dios, sostenida por la esperanza y vivificada por la caridad (LG, 61), que mereció para sí un constante aumento de gracia, que le capacitaba para participar – inseparablemente unido al Redentor y a la Corredentora– en todo el proceso de la *redención objetiva*, desde los primeros misterios de la vida oculta hasta su consumación en el holocausto del Sacrificio del Calvario, que conoció y al que se unió antes de su muerte, ofreciéndola unida a la de su Hijo virginal.

Dios quiso asociar a su Padre Virginal de manera única y singular –junto con María, la Inmaculada Corredentora–, en la restauración de la vida sobrenatural que nos justifica liberándonos del pecado, en su triunfo sobre el poder de las tinieblas (Col 1, 13) en la Cruz gloriosa, trono de su realeza (Jn 12, 23–31). Tal es el *alma* de su participación en la redención objetiva –o adquisitiva–, que se proyecta, desde los primeros misterios de salvación de la vida oculta en Nazaret –en la que tuvo un protagonismo primordial y directo, como cabeza de la familia depositaria del “misterio escondido desde los siglos en Dios”–, hasta el Sacrificio del Calvario, que conoció, y *compadeció* indeciblemente durante su vida mortal.

¹⁵ F. SUAREZ, *De mysteriis vitae Christi in tertiam partem divi Thomae, tomus secundus* (Alcalá 1592) disp. VIII, Secc. I. Ed. castellana en BAC, Madrid 1948.

¹⁶ “Cristo es para nosotros sabiduría, *justicia*, santificación y redención” (1 Cor 1, 30). El Beato Elredo (Semón 20, PL 195, 322–324, cfr. *Liturgia de la horas oficio de Lecturas*, del Común de Santa María Virgen), refiere ese texto a María; y cabe hacerlo también a José en cuanto participa en la redención objetiva, si lo leemos en sentido pleno inclusivo, como descubrieron los Padres de la asociación de María como nueva Eva, en los textos paulinos del nuevo Adán, a la luz de Gn 3, 15 y Gal 4, 4. Cfr. M. ARTOLA, *El pecado por Eva, la Salvación por María*, “Estudios Marianos” 70 (2004), 17–37. S. Ireneo completó esta tipología contraponiendo la primera pareja, que fue fuente de mal que ha inundado el mundo, la de María y José, en el umbral del nuevo Testamento constituye el vértice por medio del cual _____ se esparce por él, purificando la familia _____ del amor y cuna de la vida (Cfr. RC.7). en la “analogía de la fe” del paralelismo bíblico (Cfr. CEC 714)): es decir, la cohesión de las verdades de la fe entre sí y en el proyecto total de la revelación (Cfr. Rom 12,6). Somos justificados por la salvación que está en Cristo Jesús, propiciatorio por nuestros pecados, por su Sangre –con la cooperación de María y José, maternal y paternal– mediante la fe en Él (cfr. Rm 3, 24–26).

Después de su muerte los méritos y sufrimientos de su heroica vida de entrega a la obra de nuestra redención llegaron a ser formalmente corredentivos, en tanto que intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario en unión –con María su Esposa, la Madre dolorosa– al amor obediente de Jesús al designio salvífico de la Trinidad, que decidió “*ab aeterno*” –por razones de conveniencia, en modo alguno necesidad, como sostenía San Anselmo (recuérdese el “*cuius una stella...*” del himno de Sto. Tomás “*Adorote devote*”)– la muerte del Unigénito del Padre en el holocausto supremo de su cruel pasión hasta la muerte de Cruz. Sólo entonces, llegada la hora de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12, 23) en el madero de la Cruz, se alcanzó la medida redentiva –precio de nuestro rescate– libremente decretada por Dios (Fil 2, 8).

4. “*A los que justificó, los glorificó*”. Después de glorificado en cuerpo y alma –según piadosa creencia bien fundada teológicamente –, cooperó, desde su singular e inefable presencia en el misterio Eucarístico del que vive la Iglesia, en unión indisoluble con Cristo Rey y María asunta al Cielo, en la aplicación e los frutos de la Redención adquisitiva. *De los tres corazones de Jesús, María y José –la trinidad de la tierra–* activamente presentes en la Eucaristía, *brota el agua viva del Espíritu Santo*, de la que vive la Iglesia. Es la llamada *Redención subjetiva o aplicativa, que edifica la Iglesia peregrina*, edificada sobre Pedro, como principio e instrumento de la dilatación del Reino de Dios *hasta su consumación escatológica en la Parusía*; cuando –el fin de la historia salvífica– completado el número de los elegidos, una vez puestos todos sus enemigos bajo sus pies, Dios sea todo en todo y entregue el Reino al Padre (1Co 15,28).

Esta salvífica presencia inefable de San José en la Eucaristía es el fundamento de su poderoso *patrocinio sobre la Iglesia universal*, en la que ejerce una *participación singular en la realeza de Cristo*. No sólo por su poderosísima intercesión de Padre y Patriarca de la Familia del Pueblo de Dios, continuación de la Familia de Nazareth (“continúa obedeciéndole en el Cielo”, decía sor Juana Inés de la Cruz, la gran poetisa mejicana que tanto y tan divinamente inspirada escribió sobre San José). Sino también por una misteriosa *mediación paterna* –que se refleja en la autoridad del ministerio petrino– en unión indisoluble a la *mediación materna* de su Esposa, participadas ambas –y jerárquicamente subordinadas, de manera indisoluble– a la *mediación Capital* de Cristo “*Unus Mediator*”(1 Tm 2,5) –“tres Corazones en un mismo amor” –en la edificación de la Iglesia peregrina hasta la consumación escatológica en la Jerusalén celestial. También en ella José continúa ejercitando su singular realeza en unión indisoluble –“como “trinidad de la Tierra–con Cristo Rey, su Hijo virginal y mesiánico y con su Esposa María, *Reina del corazón del Rey*.”¹⁷

III. *La singular presencia de los Tres Corazones unidos de Jesús, María y José en el misterio eucarístico que “hace la Iglesia” –en su estadio peregrino, hasta la Parusía–, es el fundamento teológico de la legitimidad –y conveniencia– de su culto público.*

La oración siempre viva en el Corazón de Cristo glorioso presente en la Eucaristía, –participada por sus miembros bienaventurados, expectantes activamente de la consumación del Reino de Dios (cfr. Apoc. 6, 10, que nos habla de su clamor debajo del altar, para acelerar su advenimiento)– es el “alma” del santo sacrificio de la Misa – Sacrificio de Cristo y de la Iglesia, instituida para aplicar los frutos del divino Sacrificio del Calvario (que era de sólo Cristo, con la única cooperación de María y José) que continúa activamente eficaz en un incesante clamor en el tabernáculo de la presencia eucarística, “hasta que vuelva” (1 Cor 11,

¹⁷ Una interesante tipología del poder de María ante su Hijo (cfr. por ejemplo, C. POZO, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, Madrid 1985, 163 ss) es la figura de la “Reina madre” en la dinastía davídica, que desde Betsabé, madre de Salomón, alcanza rango unstitucional (la “gebirá”, cargo oficial, a diferencia de la “reina-esposa”) que intercede ante su hijo. Leemos en el 1 Re 2, 19, que “se levantó (el Rey Salomón), y saliendo a su encuentro se inclinó ante ella, y se sentó en el solio haciendo poner otro sitio para la madre del rey, que se sentó en su trono”. “Pide , madre mía, pues no te he de rechazar” (v.20).

26). (El P. Emilio Sauras lo denomina el “!uge sacrificium” del Sagrario, donde está el Señor intercediendo por nosotros, p`rolongando ña oblación sacrificial del sacrificio eucarístico).

Entonces, cuando se haya dicho la última Misa, continuará la oración de Cristo glorioso y sus miembros glorificados, en la perenne liturgia celeste, en permanente alabanza a la Trinidad en torno a Cristo Rey, María, Reina del Corazón del Rey, y José, gran patriarca y soberano junto a su Esposa e Hijo virginales de la Jerusalén celestial. Sólo cesará la oración de petición, porque ya Dios será todo en todos, después de haber puesto sus enemigos debajo de sus pies y entregado su Reino ya consumado al Padre. (1 Cor 15, 17–18). Por eso hay una presencia de la Iglesia celeste en el sacrificio eucarístico, como también de la Iglesia purgante y militante, que se benefician de su valor propiciatorio, por vivos y difuntos, durante el tiempo histórico de la Iglesia peregrina. <<Panis ille... corpus Christi... si bene accepistis, vos estis quod accepistis. Apostolus enim dicit: “Unus panis, unum corpus multi sumus”. Sic exposuit sacramentum mensae dominicae”>>. ¹⁸

Pero la presencia de María en la Eucaristía es singular y trascendente a la del resto de los bienaventurados, en virtud de su asociación única de Madre del Redentor en la constitución teándrica del Mediador y en la obra salvífica, que se hace sacramentalmente presente en la Eucaristía para aplicar sus frutos. ¹⁹

Este es el fundamento teológico de la experiencia de fe –cada vez más frecuente, a juzgar por autorizados testimonios–, de almas de oración que perciben *junto a la presencia del Señor en la hostia* ²⁰ *consagrada, una “singular” presencia inefable de María, real también. No se trata, obviamente, de una presencia por transubstanciación, sino por inseparabilidad en la oblación sacrificial de los Corazones unidos del Corredentor y la Corredentora, “Cor unum et anima una”. E incluso de S. José, en tanto que pertenece también al orden hipostático. San Josemaría E. afirmaba ya final de su vida que en la Eucaristía, donde Jesús está verdadera, real y sustancialmente presente, había descubierto una singular presencia de José junto a María de una manera inefable. Tal es la calificación teológica que le daba a la luz que afirmaba haber recibido de Dios.* ²¹

Esta singular presencia de María y José en la Eucaristía podría explicarse –como he expuesto en el capítulo VI de mi reciente teología de San José– teniendo en cuenta la indisoluble inseparabilidad de la trinidad de la tierra en todas y cada una de las fases de la obra redentora, tanto objetiva –exclusiva de los Tres que concurren en la constitución del orden hipostático redentor hasta el Calvario– como subjetiva –por mediación de la Eucaristía, de la que vive la Iglesia, hasta la Parusía–, aplicando a Ella la doctrina de Sto. Tomás sobre la necesaria concomitancia –natural o sobrenatural– con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega redentora de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum” (por la fuerza de las palabras de la doble transustanciación). ²²

El Aquinatense hace referencia sólo a la *indisoluble inseparabilidad* en Cristo glorioso de su cuerpo, sangre, alma, su Humanidad, unida hipostáticamente a la divinidad del Verbo

¹⁸ S. AGUSTÍN, PL, 33, 545.

¹⁹ Cfr. la XIV Encíclica de Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*.

²⁰ Cfr. Card. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, cit. C. III. (Valga –como ejemplo entre muchos– Mgr. O. MICHELINI, “Confidencias de Jesús” –3 volúmenes–, traducido a numerosas lenguas).

²¹ «Siempre, cuando venimos a verte, a hincar las rodillas en tierra, tenemos la pena de estar poco tiempo cerca de Ti; y agradecemos a ese coro de Ángeles que hay en torno tuyo que te hagan la corte.

«Pero en estos últimos tiempos, el Señor me ha hecho ver más. Me ha mostrado, piadosamente, que, de alguna manera inefable, a Él –inerte, mucho más inerte que en la cuna de Belén– María y José no le dejan. Alguna presencia hay de la Madre de Dios y del que hizo las veces de padre. ¡Cerca de Ti están! ¡Cerca de nosotros! ¡Yo les agradezco la compañía que te hacen! Y no puedo separar la Hostia de la Sagrada Familia, de esa Familia de Nazaret que me enamora, que me entusiasma, que es como el corazón de la familia del Opus Dei». Eran Tres Corazones y un solo amor” (véanse textos en LMH, 8 y 25).

²² “Ex supernaturali concomitantiae” –diría Sto Tomás del alma y la divinidad de Cristo con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum transubstantationis””. Véanse textos en A. PIOLANTI, *El Misterio Eucarístico*, Madrid 1958, t.I, 327–334.

que se encarna para redimirnos en María. Pero puede extenderse, obviamente, también –por analogía– a la Madre y al Padre Virginal del Redentor, por la *pertenencia indisociable de los Tres al orden hipostático en el ser y en el obrar salvífico, si bien de modo diverso en cada uno de ellos*.

José pertenece, en efecto, también al orden hipostático; pero no de modo absoluto, como Jesús “Unus Mediator” (el Hombre–Dios); ni, como María, de modo intrínseco –relativo, por su cooperación maternal en la constitución del ser teándrico del Dios–hombre, único Mediador entre Dios y los hombres–, y (“operari sequitur esse”) en su obra salvífica, como Mediadora en el Mediador; sino de modo extrínseco–relativo. “Extrínseca” desde el punto de vista de su dimensión biológica; pero con una relación a él no meramente extrínseca y mediata – por razón de su matrimonio con María– sino, como decíamos antes, directa, esencial e inmediata con la Encarnación. José es padre de Jesús no por generación, sino por constitución divina. Y ello en una doble dimensión virginal y mesiánica, que estudiamos en el § I.

El sacrificio redentor de Cristo –que es aceptado por el Padre, y como consecuencia, nos reconcilia con Él–, está siempre presente ante su eterna mirada llena de complacencia. Por su obediencia hasta la muerte mereció que Dios Padre le exaltara a su derecha (Fil 2, 10), y que nos hiciera patíopes, vencida la muerte, de la novedad de vida de Cristo resucitado, “primogénito de entre los muertos”, en “la hora” de la glorificación del Hijo del hombre, en la que todo lo atrae hacia Sí (Jn 12, 31), desde la Cruz gloriosa, sacramentalmente presente en el misterio eucarístico. “En el instante supremo del Santo sacrificio de la Misa el tiempo se une con la eternidad: Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, “divino afflante Spiritu”, con el soplo del Espíritu, en la presencia de Dios Padre”²³. Es ahí donde *se une la entrega redentora de Cristo* –inseparable de la oblación corredentora de María y José, tres Corazones unidos en un mismo amor–, con “*aquello que falta a su Pasión*”, que no es sino la participación en ella de sus miembros, para que se realice con nuestra cooperación la obra de la salvación aplicando sus frutos, contribuyendo a la dilatación de la Iglesia su Cuerpo místico, hasta su plenitud escatológica en la Parusía.

Tal es la *pasión mística de la Iglesia de Cristo* en sus miembros, realizada, hasta que El vuelva, mediante su *Pasión eucarística*, es decir, por la presenciarización sacramental en el tiempo y en el espacio de la acción redentora de Cristo, eternamente actual, de la que hizo partícipe a María y a José. Cumplida por El, como Cabeza, de una vez por todas, en el Calvario, se realiza y se hace activamente presente en la Iglesia peregrina, instrumento universal de salvación, por la Santa Misa, fuente de toda la gracia, con la cooperación de la Iglesia, su Cuerpo y Esposa.

En este “instante supremo” de la doble consagración del Sacrificio Eucarístico –cuya virtualidad se distiende a lo largo del tiempo continuo por el sacrificio permanente del sagrario–, “se une el tiempo con la eternidad” (San Josemaría), el cielo con la tierra, para “redimir el tiempo”. (Ef. 5,16). Las actividades temporales quedan así abiertas a una progresiva purificación y elevación al plano sobrenatural del Reino de Dios, que se cumple con la libre cooperación de los redimidos –según la ley de la alianza, categoría clave de la Escritura–, en su salvación propia y ajena. Tal es el corazón mismo del

²³ San JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 69. En otro lugar completa ese pensamiento. “Jesús quiere ser levantado en alto, ahí en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debes, pues, poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a sí todas las cosas” (*Via Crucis* 96, 3).

“Cuando luchamos por ser verdaderamente ipse Christus, el mismo Cristo, entonces en la propia vida se entrelaza lo humano con lo divino. Todos nuestros esfuerzos –aún los más insignificantes– adquieren alcance eterno, por que van unidos al sacrificio de Jesús en la Cruz” (Ibid. 101,5).

El sentido eucarístico de esos pasajes lo subraya autorizadamente su sucesor al frente del Opus Dei resumiendo muy bien el pensamiento del Fundador: “Si toda nuestra existencia debe ser corredención, es en la Misa donde adquiere esa dimensión corredentora. Ahí toma su fuerza y se pone especialmente de manifiesto. Por eso la Misa es la raíz de la vida interior. El Altar donde se ejercita constantemente nuestra alma sacerdotal es el lugar de trabajo, el hogar de familia, el sitio donde convivimos codo a codo con las demás personas. (Palabras pronunciadas el I–IV–1986).

misterio de la Iglesia, que se auto—realiza en el misterio eucarístico, fuente y culmen de la gracia salvífica hasta la plenitud del Reino consumado, cuando El vuelva.

Los Bienaventurados intervienen activamente junto con —y en dependencia— de la trinidad de la tierra glorificada en el Cielo y presente en la Eucaristía— en esa progresiva construcción del Reino de Dios, en espera de su plenitud escatológica, con un celo expectante, encendido en el fuego de la contemplación, por la gloria de Dios, inseparable de un odio proporcional de abominación al pecado que se la arrebat²⁴. Por eso, *el estado de bienaventuranza es un descanso activo* en el que tiene lugar una efectiva participación del oficio regal de Cristo, que contribuye eficazmente a la edificación de la Iglesia²⁵. Este amor activo, abrasado en el celo por la salvación de las almas que sigue a la visión de Dios es el fundamento del anhelo expectante del Reino consumado de los bienaventurados presente en el misterio Eucarístico.²⁶

Los Bienaventurados “esperan”, pues, la consumación del reino de Dios en la recapitulación escatológica de todas las cosas del cielo y de la tierra en Cristo (Ef 1, 10)²⁷. Según S. Agustín, se daría entonces también un aumento intensivo de la visión beatífica²⁸ por una nueva comunicación del Espíritu —también por mediación de los tres Corazones unidos de la trinidad de la tierra— que llevará así a su plenitud la filiación divina en Cristo, que redonda en la redención — transformación — del cuerpo (cfr. Rm 8), en un universo transfigurado (nuevos cielos y nueva tierra), cuando se cumpla al fin el número de los elegidos —cuyos tres celestes soberanos siguen siendo los tres Corazones unidos de Jesús, María y José, que glorificarán a Dios en un incesante cántico nuevo en el que participará toda la creación.

CONCLUSIONES

1. *Los Tres Corazones de Jesús, María y José, unidos en un solo amor, están presentes en la obra de nuestra redención; tanto objetiva o adquisitiva, consumada en el Sacrificio del Calvario, como aplicativa o subjetiva —en la edificación de la Iglesia peregrina hasta la Parusía del Señor, cuando Dios sea todo en todos—, por la triple mediación, en jerárquica subordinación — capital, maternal y paternal—, de la trinidad de la tierra, presente en la Eucaristía; la última de las cuales— la paterna mediación del Santo Patriarca, Padre y Señor de la Iglesia—, se refleja, de modo misterioso, en el ministerio petrino. San José es, —para Jesús*

²⁴ El pecado, en cuanto está de su parte, crucifica de nuevo al Hijo de Dios y lo expone a escarnio (Heb. 6,6). El pecado grave —decía Mons. Del Portillo— es una lanza que clavan otra vez al Señor... y el pecado venial deliberado es por lo menos como esas *espinas con que representan a veces su Sagrado Corazón*; espinas que no matan, pero que se hincan y que hacen mucho daño. Yo sufro al ver esas faltas porque significan indiferencia. Es como decirle al Señor, en cosas pequeñas: en eso que no me lleva al infierno, hago lo que quiero. (Palabras pronunciadas en 1980).

Un sólo pecado, sobre todo mortal, —pero también los veniales— constituye un desorden peor que el más grande cataclismo que asolará el universo, porque —como escribe Sto. Tomás— el "bien de gracia de un solo hombre es mayor que el bien natural del universo entero" (S. Th. I-II, 113, 9, 12). Se comprende a esta luz, la reacción del salmista: "Ríos de lágrimas derramaron mis ojos, porque no observaron tu ley" (Ps. 118, 136).

²⁵ Cf. L.G. 49.

²⁶ Justamente ha señalado H. de Lubac, que el alma separada, ya glorificada en el gozo de la visión beatífica, sólo llegará a la perfecta posesión de Dios cuando supere una doble separación: la separación de su propio cuerpo por la propia resurrección corporal, y la separación (el “todavía no”) respecto a la plenitud del Cuerpo místico de Cristo, plenamente vivificado por el Espíritu — que llevará a su pleno despliegue y fructificación las primicias de la vida eterna propia de la inhabitación de la Trinidad en la oscuridad de la fe —; separación que sólo cesará cuando se complete el número de los hermanos. Ambos aspectos son coincidentes, ya que nuestra resurrección no será un fenómeno aislado, sino que tendrá lugar en la Parusía, cuando el número completo de los elegidos esté corporalmente glorificado, en un universo transfigurado, en el que “Dios sea todo en todos” (1 Cor 15, 30). Santo TOMÁS no es ajeno a esta perspectiva. Pese a su acentuación de la escatología individual, escribe en C. Gentes (IV, c.50) que *"el fin de la criatura racional es llegar a la bienaventuranza, la cual no puede consistir sino en el reino de Dios, que no es a su vez otra cosa que la sociedad ordenada de los que gozan de la visión divina"*, en un universo transfigurado que sigue, por redundancia, a la resurrección gloriosa de toda carne (en los elegidos). Cf. S. Th. III, 8, 3, 2: *"Esse Ecclesiam gloriosam, non habentem maculam tneque rugam, est ultimus finis ad quem perducimur per passionem Christi"*. Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988 (Encuentro) C. IV, 81 ss.

²⁷ Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo*, Madrid 1985, p. 101.

²⁸ Cfr. C. POZO, *Teología del más allá*, Madrid BAC, 2 ed. 1992.

(y debe serlo para los miembros de su Cuerpo místico) – como la sombra y el icono transparente de Dios Padre, de quien procede toda paternidad –autoridad y potestad– en el Cielo y en la tierra (Ef 3,15) y partícipe, con María, Reina del Corazón del Rey, su Hijo, de manera única y singular en la realeza de Cristo. *Es, por eso, Padre y Señor de la Iglesia entera, incluida la dimensión institucional y jerárquica de su “principio petrino” –subordinado al “principio mariano” (Benedicto XVI)–, cuya semilla estaba en la familia de Nazaret.*

2. *De la misteriosa presencia salvífica de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José en el misterio eucarístico, brota el agua viva del Espíritu Santo*, del que vive la Iglesia peregrina,²⁹ como sacramento y arca universal de salvación,³⁰ en la progresiva edificación del Reino de Dios, que “todo lo atrae hacia Sí” (Jn 12, 32) –con la cooperación de todos los redimidos, que han querido en su bondad enaltecer, para mayor gloria de su Esposa la Iglesia peregrina, a la dignidad de corredentores–, desde el trono triunfal de la Cruz gloriosa, salvíficamente presente en su renovación sacramental eucarística, hasta la Parusía, cuando vuelva a entregar su Reino al Padre, después de haber puesto –con la cooperación de su Esposa la Iglesia– a todos sus enemigos debajo de sus pies (Cfr. 1 Co 15, 23ss).

3. Aquél que fue constituido por Dios Padre –como su icono permanente– padre virginal y mesiánico de su Hijo Unigénito, con la excelsa misión de modelar en el hogar de Nazaret la Humanidad del Redentor –siempre inseparable y complementaria de la función materna de María–, para que el Unigénito del Padre llegara a la plena madurez de Hijo del hombre “Redentor del hombre”, está llamado también a cuidar de su prolongación en los hijos de la Iglesia, el cuerpo místico de su Hijo virginal, como su Padre y Señor. Especialmente, en la presente disolución de la familia favorecida por la decadente cultura relativista de la postmodernidad, en la que tanto influye la ausencia del padre (se ha hablado del “eclipse del padre”³¹ y de dimisión de las responsabilidades paternas, como una de las características de nuestro tiempo), *Dios quiere poner en primer plano –como remedio– la paternidad de San José –icono transparente de Dios Padre– para que los hombres y mujeres de hoy adquieran conciencia de la dignidad a que están llamados de ser hijos de Dios Padre; y a ayudarles a ejercer su responsabilidad paterna y materna, como partícipes de su Providencia salvífica en el seno de las familias, de modo que reflejen cada día más el modelo del hogar, luminoso y alegre, de la Casa de José, nuestro Padre y Señor.*

4. La trinidad de la tierra, tres Corazones unidos, en un mismo amor, es el camino de retorno de la humanidad caída al Corazón de Dios Padre –*fuerza originaria de la vida trinitaria y de todas sus obras” ad extra”*– de quien todo procede y a quien todo torna en el Espíritu en el misterio de la maternidad de María y de la paternidad de San José –“Icono transparente de Dios Padre”³², como María lo es del Espíritu Santo– que reflejan, a su vez, la paternidad maternal del Corazón

²⁹ Toda la gracia del mundo depende de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia depende de la Eucaristía” (Ch. JOURNET, *L’Eglise de Verbe incarné*, II, Desclée, París 1951, 672, cit. por Pablo VI (eb Allocución 15–IX–65)

³⁰ Cfr. J. FERRER ARELLANO, “Unicidad y universalidad de Cristo y de la Iglesia, centro y fundamento irrenunciable de la teología de las religiones”. *Studium Legionense*, 45 (2004), 185–222.

³¹ P. J. CORDES, *L’Ecclési del Padre, un grido*, Milano 2002. G. SPIRITO, *Una presenza de paternità per l’uomo postmoderno*. Actas del IX Simp. int. sobre San José, Kevelaer 2006, vol. II, 999 ss. J. FERRER ARELLANO, *La paternidad de San José en la pastoral de la sociedad postmoderna*. Actas del XXVII Simp. int. de teología. Universidad de Navarra de Abril de 2007 (en curso de publicación).

³² J. J. OLIER (*La journée chretienne*) ha escrito admirablemente sobre la imagen de Dios Padre en San José, “ que fue dado a la tierra para expresar sensiblemente las perfecciones adorables de Dios Padre. En su sola persona era portador de su esplendor de belleza, su pureza, su sabiduría y su prudencia, su misericordia y su compasión. Un solo santo ha sido destinado para representar a Dios Padre, mientras que fueron precisos una infinitud de santos para representar a Jesucristo. Por eso hemos de considerar al augusto San José como lo más grande del mundo, más célebre y más incomprendible. Habiendo escogido el Padre este santo para hacer sobre la tierra su imagen, le comunicó una semejanza suya invisible y oculta... más allá de la capacidad de comprensión del espíritu humano... Jesús, ya no me sorprende de que hayas permanecido treinta años en aquella casa sin separarte de José. No me sorprende de que seas inseparable de su persona. Su casa era para Ti un paraíso, como el seno de tu Padre, del cual eres inseparable y en el que tienes puestas tus eternas delicias. Fuera de esta casa, no encuentras más que sujetos funestos, más que pecadores, esas tristes causas de la muerte”. (cit. Por A. DOZÈ, *Le mystère de Saint Joseph révéle a deux femmes: Thérèse (d’Avila) et Bernardette*, Actas simp. de Kevelaer 2005, vol I, 386).

del Padre.³³ “Nadie tiene a Dios por Padre si no tiene a María, a la Iglesia (y a Sara, cf. Gal 4 *in fine*) por Madre”; y cabría añadir, “a José por Padre y Señor”.

³³ Cf. CEC, 239. J. FERRER ARELLANO, *Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia*. “Ephemerides Mariologicae” 49 (1999), pp. 53–125. Sitio Web: www.filosofiayteologia.com